



postmodernist romanticism: sensitivism-the "new" philosophy of history- Franklin R. Ankersmit", *Kultura Współczesna*. N.º. 1-2, 1996, pp. 69-86.

Israel Sanmartín
Universidad de Santiago de Compostela

Ruiz-Domènec, José Enrique, *Rostros de la historia. Veintiún historiadores para el siglo XXI*, Barcelona, Península, 2000, 378 p., ISBN: 84-8307-252-1.

En la Encrucijada. Georges Duby: la mirada del artista. Jacqueline de Romilly: la gran dama de Grecia. Natalie Zemon Davis: una feminista en apuros. Eric J. Hobsbawm: la fortuna del marxismo. Hans Blumenberg: el pensador de la modernidad. Paul Veyne: la sombra del amigo. Martín de Riquer: la razón y el buen discurso. Hayden V. White: las fronteras de la verdad. Julio Caro Baroja: el laberinto vasco. Lev Nikolaevic Gumilev: el honor de la madre. Yuri M. Lotman: cultura y explosión. Arno Borst: la levedad de la vida. François Furet: la muerte de una ilusión. Reinhart Koselleck: el reto del federalismo. Edward W. Said: un palestino contra el imperialismo. Stephen E. Toulmin: el sueño de cosmópolis. Gabrielle M. Spiegel: una americana en París. Stephen J. Greenblatt: postal desde Bali. Franco Cardini: colinas como montañas blancas. Yi-Fu Tuan: la tierra y el espíritu humano. Simon Schama: los ojos del mundo.

Me enteré de la inminente publicación de esta obra por boca de su mismo autor. Fue en una de esas largas y sugerentes conversaciones -no se mira el reloj- en que dos historiadores intercambian puntos de vista y experiencias, y que tienen la virtud de devolverle a uno la ilusión por un oficio que tiene más de vivencia que de profesión.

Pensé en las cualidades del autor. En su haber tenía un profundo conocimiento de las diferentes tradiciones historiográficas europeas, no sólo a través del estudio sino también de la vivencia personal: formado en los ambientes filosóficos e historicistas de la introvertida Alemania de los setenta, buen conocedor del complejo y academicista ambiente de la tercera generación de los *Annales* franceses, apasionado del original e imprevisible espectro historiográfico italiano, siempre al corriente de la dinámica historiografía americana, respetuoso admirador de la tradicional historiografía británica, experimentado sujeto pasivo de los vaivenes de la historiografía española y atento observador de las restantes tradiciones.

Continué con mi reflexión. En el "debe" del autor, había otra circunstancia que me hizo recelar en un principio de la oportunidad de uno de los múltiples proyectos que tenía entonces encima de la mesa (en esa misma conversación, hablamos también de sus dos últimos proyectos: la historia de las mujeres en la Edad Media y su original y documentada biografía de un mercader barcelonés del siglo XI, aparecida ya en su versión italiana). Su modo apasionado de vivir la historia y sus continuos contactos con los historiadores

Europeos y americanos -algunos de los cuales iba precisamente a historiar- me hicieron pensar que esto podría hacerle perder algo de ecuanimidad, algo de la distancia que todo historiador-testigo deber tener con el objeto estudiado.

Desde la primera figura estudiada, mis temores se desvanecieron. El autor se sitúa, desde el principio, en un plano de historiador-testigo que juzga y, al mismo tiempo, de historiador-colega que comprende mejor que nadie los condicionamientos, servidumbres y caracteres de la disciplina de la historia. El perfil de Georges Duby tiene ciertamente la proximidad del discípulo -¿o el amigo?- pero al mismo tiempo la lejanía del testigo que es capaz de enjuiciar al maestro tomando una cierta distancia. Al compás de una bien concadenada periodización de la obra de Duby ("la economía rural", "en busca de lo imaginario", "príncipe del mundo", "*grandeur*", "epígonos"), en la que se insertan convenientemente sus principales aportaciones bibliográficas, el autor no perdona los que, a su juicio, son pasos en falso del historiador. Y los contextualiza: "En febrero de 1987 Georges Duby elige un camino equivocado" (p. 35).

Ruiz Domènec no engaña a nadie. Afirma, desde el principio del libro, que va a enjuiciar a esa generación de historiadores con la mirada del medievalista. La misma elección de los nombres está determinada por esa realidad: "desde luego es un asunto de afinidad, de ahí la importancia concedida a los medievalistas en esta lista" (p. 22). En este sentido, el libro da un paso más hacia la necesaria convergencia entre los historiadores de los diferentes periodos: cada vez se ve más necesario abandonar los parapetos artificiales con que todavía algunos defienden su "parcela" histórica desde una perspectiva puramente cronológica. Sin embargo, más allá de una visión superficial reducida a la consideración de por qué esos veintiún historiadores y no otros, hay dos constantes presentes en toda la obra, que habla también de los criterios de elección. Dos constantes que son como la columna vertebral del libro. Por una parte, todos esos historiadores tienen algo en común: que, cada uno a su manera, ha buscado renovar el oficio de historiador. Por otra, el interés del autor por demostrar sin ambages que "por encima de la investigación y del análisis, la historia es fundamentalmente una narración" (p. 19).

La descripción de las vicisitudes biográficas, las creaciones bibliográficas y los vaivenes epistemológicos de los veintiún historiadores reseñados no son más que un pretexto para demostrar el valor de la historia narrativa. Ella es la que consiguió sacar a la disciplina de la historia del atolladero en que se encontraba a mediados de los años ochenta. Ella es la que coronará el edificio de la historia en el siglo XXI, tras un siglo XIX en que la historiografía alemana elevó a la categoría de ciencia la prospección de las fuentes primarias (auténtica materia prima del conocimiento histórico) y un siglo XX que nos ha legado "la lectura interpretativa de los significados sociales, culturales y políticos de los textos analizados" (p. 19), gracias en buena medida a la escuela de los *Annales* francesa.

En este sentido se puede afirmar que esta obra es, en cierta medida, una justificación de su mismo autor. Ruiz Domènec tiene un discurso lleno de imágenes y metáforas, que hacen tan característico su lenguaje histórico pero, al mismo tiempo, tan vulnerable. Una aparente debilidad terminológica que, paradójicamente, ha recibido más embestidas por parte de la historiografía catalana y española que la europea (tal como lo acreditan sus artículos publicados en revistas del prestigio de *Speculum*, *Revue Historique* o *Nuova Rivista Storica*). Sin embargo, aún consciente de la vulnerabilidad de un estilo tan opuesto a un historicismo anacrónico, el autor sigue fiel a su talante porque está convencido de que “la dimensión narrativa es la que convierte el oficio de historiador en un oficio diferente a del antropólogo, sociólogo o crítico literario” (p. 20-21). Y aquí, de un modo sutil, se acaba de enunciar uno de los grandes debates de la historiografía del siglo XX: la autonomía de la historia respecto a las ciencias sociales.

Este es el estilo del libro. Lleno de sutilezas, insinuaciones y elipsis que permite una lectura a tres niveles: la del aficionado a la historia, la del profesional de la historia contemporánea y la del historiógrafo. Sin embargo, la excesiva ambición del autor, de querer llegar a esos tres niveles, constituye a mi entender, paradójicamente, la principal debilidad de su obra. No porque no consiga llegar a su cometido: si el profesional de la historia percibe claras tomas de posición por parte del autor (frente a la historiografía marxista, junto a la historia narrativa, esperanzado con la posmodernidad), para el lector medio el libro puede resultar un rico acopio de ideas y referencias. Y es que el libro tiene la virtud de abrir infinidad de vías para la reflexión, pero al mismo tiempo se muestra como un producto acabado y comprensible, quizás por la misma brevedad, concisión y claridad de cada uno de los capítulos.

El profesional de la historia, sin embargo, desearía probablemente una mayor acreditación de algunas afirmaciones, que podrían haber sido completadas con las oportunas notas a pie de página: la riqueza que sugiere la bibliografía final se habría completado con esas otras referencias. Por otra parte, en un par de ocasiones se omiten datos de importancia, como las fechas de nacimiento de algunos autores todavía vivos (Hayden V. White, Gabrielle M. Spiegel) que hubieran permitido encuadrar mejor cronológicamente su obra y su proyección futura. Se omiten también las ediciones utilizadas de obras o artículos que se comentan extensamente, que suelen ser efectivamente de gran calado (por ejemplo, el artículo publicado conjuntamente por Gabrielle Spiegel y Paul Freedman en *The American Historical Review* sobre la situación del medievalismo, que se comenta en las pp. 266-267). Quizás el material recogido ahora permita al autor realizar más adelante un estudio de talante más erudito, al estilo del que publicó Norman F. Cantor en Nueva York en 1991 (*Inventing the Middle Ages. The Lives, Works and Ideas of the Great Medievalists of the Twentieth Century*). Los paralelismos entre ambos libros son evidentes, aunque quizás Cantor apostó por un modelo más aca-

démico. Pero, frente a él, Ruiz Domènec tiene, desde luego, el don de la divulgación.

Estas apreciaciones de detalle no deslucen el resultado final del trabajo de Ruiz Domènec. Hay tres planos que están continuamente entrecruzados en cada uno de los perfiles: biografía, producción historiográfica y contexto intelectual. Cada capítulo suele iniciarse con una anécdota reveladora sobre la personalidad del autor. A continuación, inicia un recorrido por su vida y por su producción historiográfica, otorgando un relieve especial a las circunstancias personales, dramatizando las relaciones con el entorno cultural y académico. Como ha sugerido uno de los reseñadores del libro, “en el momento culminante del retrato, el autor aparece en una encrucijada (que simboliza la encrucijada en que se encuentra la misma historia en estos años). Sugiere que en un momento u otro de la vida de todo gran historiador se produce una crisis y que esta crisis conduce a la escritura de una gran obra” (Julià Guillamon, “Revolución en la historia”, *La Vanguardia*, 7 de abril de 2000). Yo simplemente añadiría que, efectivamente, esas crisis generan grandes obras... o quizás el inicio de caminos equivocados, como Ruiz Domènec afirma explícitamente con G. Duby (p. 35) o F. Furet (p. 206).

El análisis de cada historiador le permite al autor adentrarse en el estudio de las relaciones entre el historiador y su contexto. El historiador pasa a ser historiado y se convierte, al mismo tiempo, en sujeto y en objeto histórico. Y esto da como resultado, sin duda, un modo tremendamente sugerente de acercarse a la comprensión del mundo moderno.

No es desde luego, un experimento nuevo. Un claro precedente son los ejercicios de *ego-historia*, donde el mismo historiador asume ese reto partiendo de la reconstrucción histórica de su misma vivencia. Recuérdese, por ejemplo, el proyecto de Pierre Nora en 1987 -*Essais d'ego-histoire*-, donde reunió a importantes historiadores quienes, en medio de recuerdos personales y menciones de viejos problemas académicos, hacen un repaso del significado de los caminos por los que discurre la nueva historia. Ruiz Domènec no olvida ese ensamblaje historia-vivencia a la hora de acercarse a cada uno de los autores que comenta. Ello le ayuda a interpretar, entre otras cosas, el talante historiográfico de cada uno. De Koselleck comenta, por ejemplo, que “nacido en Görlitz en 1923 y toda su vida tuvo presente el desgarro de su país, como otros muchos historiadores alemanes de su generación” (p. 211) y de Edward W. Said su deseo de contextualizar su infancia, a través de la publicación de unas memorias de tono autobiográfico (p. 225). Una tendencia a la justificación a través del pasado personal que en algunos casos se convierte en una “autopercepción intelectual de un proceso histórico”, como el caso de Martín de Riquer (p. 109), lo que le lleva incluso a realizar una prospección secular, a la búsqueda de las raíces familiares hasta la misma edad media (*Quinze generacions d'una família catalana*, 1998). Una autopercepción que, me atrevo a aventurar, debería hacer el mismo autor de esta obra algún día.

El profesor Ruiz Domènec aprovecha el análisis de algunos autores para profundizar en las diferentes corrientes que han dominado el panorama historiográfico de la segunda mitad del siglo XX. En esta dirección, son desde luego memorables algunos de los perfiles que aparecen en el libro. En la intensa trayectoria historiográfica de Eric J. Hobsbawm se ilustran bien los vaivenes del materialismo histórico durante el siglo XX y la profunda crisis intelectual en que hallan sumidos los que se acogieron a su regazo y han tenido que reconsiderar honestamente su postura. Otros, los más superficiales, han obviado esa reconsideración y se han acomodado apaciblemente a las nuevas corrientes intelectuales, como si nada hubiera pasado. Y sí que ha pasado, y —no hay que olvidarlo— sigue pasando: no sólo desde el punto de vista de las orientaciones epistemológicas sino también desde el punto de vista de las praxis políticas y sociales. El mismo Hobsbawm tiene que reconocer que “ha dedicado la mayor parte de su vida a una esperanza que se ha visto defraudada, y a una causa que ha fracasado visiblemente: el comunismo iniciado con la Revolución de Octubre” (p. 66).

Hay que hacer un inciso aquí para apuntar que Ruiz Domènec parece reconcentrarse cuando analiza el rastro dejado por el marxismo desde la perspectiva de la historiografía del siglo XX. Algunas de sus afirmaciones tienen un tono de vivencia personal que no pueden pasarse por alto: “Por aquellos años (los sesenta) ser historiador significaba alinearse de algún modo con el marxismo, pues una sola objeción en voz alta privaba al osado del respeto entre la gente del oficio, alejado de cualquier posible realización personal, pues para un historiador su realización no es otra cosa que su trabajo” (p. 196). En otro pasaje es todavía más explícito: “La red de conocimientos que pone al servicio de hacer catarsis personal (se refiere a F. Furet)... no es suficiente para encontrar una explicación al suceso más increíble de la historia de la humanidad, el desarrollo de un estado policial mundial enmascarado bajo una ideología liberadora” (p. 207). Desde luego, esas afirmaciones tienen la enorme fuerza que da la coherencia de lo vivido: la trayectoria intelectual del autor durante los pasados treinta años realza el significado de esas palabras. No es pura denuncia, sino el deseo de todo historiador de alcanzar una verdad que algunos todavía se empeñan en negar o, con más frecuencia, en esconder.

En el sugerente análisis de la trayectoria historiográfica de Hayden V. White encontramos el nervio de la historia narrativa (“nadie como él ha logrado demostrar en la segunda mitad del siglo XX que la historia obedece a unas reglas retóricas”, p. 123). White aboga por la narrativa porque, de otro modo, el historiador pierde su espacio epistemológico y se queda a medio camino entre el rigor de las ciencias naturales y la imaginación de la literatura. Es el mismo *peso de la historia* (“The Burden of History”, rezaba el título de un importante artículo que publicó en 1966 en la revista *History and Theory*) el que aplasta al historiador y no le permite hacer con rigor su trabajo. White se ve complementado en ese trabajo por Natalie Zemon Davis, quien es la “emperatriz” de una historia narrativa que es “la respuesta del

historiador a la conversión del cine como principal vehículo de comunicación en la segunda mitad del siglo XX” (p. 63).

Adentrarse en la figura de François Furet le permite al autor realizar algunas reflexiones sobre la escuela de los *Annales* francesa. Su trayectoria demuestra que esa escuela no es tan monolítica como algunos han pretendido demostrar. Que hay que matizar mucho cuando se habla de la relación entre marxismo y *Annales*. Se refleja también en su trayectoria el interesante contrapunto historiográfico entre las tradiciones francesa y anglosajona.

El análisis de la sugerente trayectoria de Gabrielle M. Spiegel muestra toda la carga epistemológica del posmodernismo historiográfico. Spiegel está comprometida con el deseo de llevar a cabo una renovación de la escritura de la historia a través de la posmodernidad. Pero lo hace con sus monografías sobre los textos medievales, no a través de puras conjeturas. Esto es quizás lo que le da una mayor legitimidad. Ella ha intentado superar, en efecto, las limitaciones de los métodos tradicionales a la hora de leer las crónicas y las genealogías francesas de la edad media, sin dejarse llevar por las exageraciones de la misma posmodernidad. El resultado de sus trabajos es un peculiar equilibrio entre lo viejo y lo nuevo, entre lo moderno y lo posmoderno, entre la tradición y la novedad: en su libro publicado en 1997 (*The Past as a Text*) contrastan los cuatro primeros capítulos, de claro talante teórico, que se complementan abiertamente con la objetividad presente en los siete capítulos siguientes, donde se someten a estudio los textos medievales (p. 265).

En definitiva, se trata de un ensayo lleno de vida y de sugerencias, que pretende leer la evolución de la historia intelectual de la segunda mitad del siglo XX desde la perspectiva de la visión que los historiadores tienen del mundo. Un mundo que tradicionalmente ha sido leído por los historiadores y un mundo que, por primer vez, cambia las tornas de ese planteamiento y empieza a leer a esos mismos historiadores, aceptándolos simultáneamente como sujetos y objetos de la misma historia. Lo paradójico es que, por el momento, los mejor preparados para leer a esos historiadores son los mismos historiadores, tal como lo demuestra el estudio del Prof. Ruiz-Domènec. Llegará el momento en que los historiadores también serán considerados como objeto de estudio por parte de los mismos filósofos. No es demasiado aventurado afirmar que en la medida que el historiador es capaz de asumir su papel de intelectual entonces es cuando su misma actividad adquiere todo su significado. En este sentido, la obra del profesor Ruiz Domènec es toda una premonición.

José Enrique Ruiz-Domènec (Granada, 1948) es catedrático de Historia Medieval de la Universitat Autònoma de Barcelona y director del Institut d'Estudis Medievals. Miembro numerario de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, ha sido profesor invitado de las universidades de Génova y Poitiers. Es autor de una doce de libros, entre los que destacan *La memoria dei feudali* (1984), *L'estructura feudal* (1985), *La mujer que mira* (1986), *La novela y el espíritu de la caballería* (1993), *La*



herencia mediterránea de la cultura europea (1997) y *El despertar de la mujeres: la mirada femenina en la Edad Media* (1999).

Jaume Aurell
Universidad de Navarra

Russello, Gerald J. (Editor), *Christianity and European Culture. Selections from the Work of Christopher Dawson*. The Catholic University of America Press, 1998. ISBN:0813209145.

Introduction. Acknowledgments. PART ONE. The Historical Reality of Christian Culture. 1. The Outlook for Christian Culture 2. What is a Christian Civilization? 3. The Six Ages of the Church. 4. Christian Culture as a Culture of Hope 5. The Institutional Forms of Christian Culture. 6. Civilization in Crisis. 7. Christianity and Western Culture. 8. Is the Church Too Western? PART TWO Selected Essays. 1. The Study of Christian Culture. 2. The Modern Dilemma. 3. Europe and the Seven Stages of Western Culture. 4. The Classical Tradition and Christianity. 5. The Secularization of Western Culture 7. The Kingdom of God and History. 8. The Christian View of History. 9. The Recovery of Spiritual Unity. Index.

Con motivo del centenario del nacimiento de Christopher Dawson (1889-1970) y de los veinticinco años de su muerte, a lo largo de la década de los 90 fueron varias las publicaciones de libros que recogían parte de los escritos de Dawson sobre algún tema en concreto o bien profundizaban en aspectos de su pensamiento⁵. Estados Unidos es el lugar principal en la difusión del pensamiento del intelectual inglés y el presente libro es una muestra de ello.

De su vasta obra, más de 21 libros publicados y una muy numerosa colaboración en revistas y semanarios, el editor se propone hacer una síntesis del pensamiento de Dawson en torno al tema del cristianismo y su relación con la cultura europea. La recopilación de Russello ha sido tomada de cinco libros, un simposium y un artículo de revista, escritos todos ellos en el período que va de 1932 hasta 1960. Los libros que componen la presente obra son; *The Historical Reality of Christian Culture* (1960), *Medieval Essays* (1953), *The Modern Dilemma* (1932), *Understanding Europe* (1952), *The Making of Europe* (1932) y *The Judgment of the Nations* (1942). Del simposium *El reino de Dios y la historia* se extrajo el artículo con el mismo nombre "The Kingdom of God and History" que fue publicado en 1938 y por último, el

⁵ Peter J. CATALDO (ed.). *The Dynamic Character of Christian Culture: Essays on Dawsonian Themes*, Lanham, University Press of America, 1984.

Stradford CALDECOTT/ John MORRILL (eds.). *Eternity in Time: Christopher Dawson and the Catholic Idea of History*, Edinburg, T&T Clark, 1997.

En castellano; Christopher DAWSON, *La religión y el origen de la cultura occidental*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1995.

Christopher DAWSON, *Historia de la cultura cristiana*, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1997.